



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

CREO EN LA IGLESIA

Como decía nuestro vicario, don Joseba, me corresponde a mí la explicación de la doctrina del Concilio Vaticano II referente a la Iglesia, Creo en la Iglesia. Esta constitución, llamada *Lumen Gentium*, traducido al castellano "Luz de los pueblos", "Luz de las gentes", fue aprobada en noviembre de 1964, ya más bien cuando el Concilio había recorrido sus etapas principales en la tercera de las sesiones - fueron cuatro las sesiones que tuvo el Concilio-, fue aprobado.

Para hablar de ello, no quiero eludir las polémicas y no quiero eludir los juicios críticos que a veces nos rodean, porque me parece que no hay mejor quehacer que dar respuesta a las dudas que a nuestro alrededor surgen. Soy consciente de que en nuestro entorno, a veces, especialmente en cuanto a la eclesiología se refiere, en cuanto al concepto de Iglesia se refiere, el Concilio Vaticano II suele ser invocado como una bandera de división en vez de ser un punto de comunión. Soy consciente de ello, y no hay que ir muy lejos a veces para escuchar reproches a la Iglesia, reproches a los obispos, diciendo que la etapa aperturista del Concilio, la primavera del Concilio, ha sido seguida de un invierno y que existe una operación involucionista que quiere dar al traste con lo que el Concilio Vaticano II puso en marcha. No quiero eludir todas estas cuestiones, porque pienso que tenemos que ser capaces de dar razón de nuestra fe y no tenemos que tener miedo, en un clima de paz y de sosiego, dar respuesta a las dudas que surgen. Creo, ciertamente, que existe una distorsión en la manera de dar noticia de la Iglesia, y los propios medios de comunicación, creo que son un buen ejemplo de ello; en la Iglesia es muy fácil que escuchemos caricaturas de su vida diciendo que son los progresistas, los conservadores, los de derechas, los de izquierdas, y es obvio que ese tipo de formulaciones y de presentaciones son las que llegan a través de los medios de comunicación a una buena parte del pueblo de Dios.

Frente a esta confusión, a estas interpretaciones del Concilio, que parece que son contradictorias, no hay otro remedio para aclararse que hacer un esfuerzo de conocimiento directo. Hay que ser riguroso en el conocimiento de lo que el Concilio dijo; de esta manera, tenemos que superar reduccionismos, concepciones gratuitas, disociaciones, contraposiciones que no son tales. Para superar las caricaturas no hay otra solución que la formación profunda; siempre ha sido necesaria la formación, pero lo es más que nunca en la medida en que a nuestro entorno hay mucha deformación.

Cito algunas caricaturas que se han hecho del Concilio; a veces, a la hora de hablar del Concilio Vaticano, se ha opuesto el "espíritu del Concilio" y la "letra del Concilio". Algunos afirman que lo importante del Concilio no sería tanto lo que dicen sus escritos, sus constituciones, no, lo importante sería, más bien, el espíritu conciliar, que incluso se afirma por falta de tiempo y por presiones de Pablo VI y de la Curia Romana no pudo plasmarse plenamente en el escrito, y sin embargo, el espíritu iría más allá que lo que dijo la letra o el texto conciliar. Pero, es que, ¿puede existir un espíritu conciliar al margen de la letra del Concilio, al margen de sus textos? ¿No sería eso un riesgo muy

grande de manipulación del Concilio Vaticano II, del supuesto espíritu conciliar, haciéndolo coincidir con la ideología del que habla? No se puede contraponer espíritu y letra.

Otra falsa oposición ha sido el designar a este Concilio como concilio "pastoral pero no dogmático", y también esto es una cierta ligereza o una simplificación. Es verdad que, a diferencia de concilios anteriores, el Concilio Vaticano II no fue convocado para dar respuesta a una herejía concreta o a un tipo de errores, no. Juan XXIII convocó este concilio para intentar que la Iglesia tuviese la capacidad de expresar y renovar su espíritu y su mensaje y traducirlo a las categorías de un mundo que necesitaba una forma, más directa de comunicación. Pero, obviamente, en el Concilio Vaticano II no sólo se habla de temas pastorales, sino que también se dan contenidos de fe, contenidos dogmáticos, y esta misma constitución, de la que hoy me toca a mí hablar sobre la Iglesia, obviamente habla de temas de fe, no solo de pastoral, y no digamos nada la *Dei Verbum* que hablan sobre la revelación, etcétera.

En este orden de oponer concilio pastoral a concilio dogmático, una oposición equivocada, también se ha hecho la siguiente contraposición que yo supongo que os resultará conocida, cuando a veces se ha querido contraponer el Concilio Vaticano II al Catecismo de la Iglesia Católica, como si el Catecismo de la Iglesia Católica no respondiese al mismo espíritu del Concilio. Curiosamente, para sanar esta contraposición, nuestro Papa Benedicto XVI ha querido recordar que no solamente celebramos los 50 años del Vaticano II, sino también los 20 años del Catecismo de la Iglesia Católica, y que el Catecismo de la Iglesia quiso promulgarse coincidiendo con los 30 años del Concilio, como el catecismo del Concilio Vaticano II, porque todo gran concilio ha tenido su catecismo. Por ejemplo, el Concilio de Trento tuvo el llamado Catecismo de san Pío V, también llamado Catecismo del Concilio de Trento para los párrocos, así se le llamaba también. Pío IV, p tuvo que ya disolver, clausurar el Concilio de Trento sin que diese tiempo para poder formular el catecismo, y pidió que hubiese quien continuase elaborándolo en las décadas posteriores al Concilio de Trento y San Pío V lo promulgó; exactamente lo mismo que ha ocurrido ahora. Todo gran concilio después necesita un catecismo para hacer, de alguna manera, una capacidad de acoger toda la tradición de la Iglesia actualizándola desde el último concilio. Eso es el Catecismo de la Iglesia Católica, cuyo aniversario también estamos celebrando. Tener ese catecismo, que recoge toda la tradición, pero al mismo tiempo actualizándola desde el concilio actual, nos hace entender que es una caricatura, es una contraposición que no se sostiene, esa especie de tensión entre preconiliar o postconciliar, que a veces se está, gratuitamente, como reprochándose, como si el Concilio Vaticano II hubiese roto con la Iglesia anterior. Y como nuestro querido Benedicto XVI ha insistido, tenemos que entender el Vaticano II no en clave de ruptura de la Iglesia hasta el Concilio, no, sino en clave de reforma; la Iglesia siempre se reforma, pero la Iglesia nunca rompe con sus raíces, sino que crece firmemente sobre ellas.

Así pues, como decía, además, en la introducción nuestro vicario general, el Concilio Vaticano II lo que hizo fue desarrollar la doctrina que el Vaticano I había iniciado sobre la eclesiología. En el año 1869, las tropas de Garibaldi entraban en Roma, los Estados Vaticanos se terminaban y el Papa tuvo que disolver de una manera abrupta aquel Concilio Vaticano I, no tuvo tiempo de desarrollar el tema de la eclesiología. Es verdad que luego la historia nos demuestra que todo es providencial y lo que en aquel momento pareció un pequeño desastre, una pequeña hecatombe, que los Estados

Vaticanos fuesen derrotados y quedasen reducidos a ese pequeño estado simbólico, Vaticano, que en aquel momento nos pareció un disgusto muy grande, el tiempo nos demuestra que ha sido providencial, y que la Iglesia no tenga poder temporal, sino que tenga poder moral y que tenga autoridad moral y autoridad espiritual, y que tenga ese minúsculo estado que le da una cierta independencia y una representatividad ante las naciones, es el estatus adecuado; lo hemos visto con el tiempo. Dios escribe derecho con líneas torcidas. También, quizás, hay que decir que Dios se sirvió de aquella conclusión abrupta del Concilio Vaticano I, porque quizás en aquel momento la Iglesia no estaba suficientemente preparada para desarrollar toda la doctrina eclesiológica que después el Vaticano II desarrolló. Todo es providencial. Dios dirige los hilos de la historia y cuida de su Iglesia. El caso es que, prácticamente dos siglos después, o sin prácticamente, dos siglos después, el Concilio Vaticano II dio culminación al Vaticano I.

Pero además, para que nos demos cuenta de que no es cierto que el Vaticano II partiese de la nada, como si el Vaticano II inventase la eclesiología que nos ha ofrecido la *Lumen Gentium*, hay que decir que su santidad Pío XII, a que muchos de vosotros aquí conocéis, y los más mayores así como, quizás para nuestra generación, pues Juan Pablo II ha sido el Papa de referencia, yo sé que para muchos de vosotros los más mayores, Pío XII fue el Papa de vuestra juventud y el que fue un referente inolvidable para los más mayores de la actualidad. Pues bien, Pío XII en el año 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, escribió la encíclica sobre la Iglesia, *Mystici Corporis*, cuerpo místico de Cristo, una encíclica importantísima y una encíclica que iba a ser muy recogida prácticamente en su integridad por el Concilio Vaticano II, la *Lumen Gentium*. *Mystici Corporis* tiene un montón de intuiciones que a veces hoy en día se le suelen referir al Vaticano II, pero en realidad no eran del Vaticano II, eran de *Mystici Corporis* de Pío XII. Por ejemplo, el Papa Pío XII dijo que en la Iglesia no existe un elemento activo y otro pasivo, como si el activo fuese el que predica y pasivo el que escucha, como si sería el obispo el activo y el pasivo los que escuchan, no. Él dijo: "En la Iglesia todos estamos llamados a contribuir en la perfección del cuerpo de Cristo", y los fieles laicos, decía él, estar en primera línea de la vida eclesial. O sea que toda la Iglesia tiene que tener plena conciencia de pertenecer a ella, no solo sus sacerdotes. Eso decía Pío XII en el año 1943, y como digo, la *Lumen Gentium* no se entiende sin eso.

Pero es cierto que la *Lumen Gentium* tuvo desarrollos importantes. Por ejemplo, antes del Concilio Vaticano II se solía utilizar mucho una fórmula de explicar la Iglesia que el Concilio Vaticano II superó o dejó de utilizar: se refería a la concepción de la Iglesia como "sociedad perfecta". Esto de "sociedad perfecta" venía de la concepción griega de la constitución civil; la concepción griega decía que una sociedad perfecta es la que puede valerse por sí misma, sin necesidad de ayuda de nadie. Por ejemplo, la familia necesita ayudas; por ejemplo, el ayuntamiento necesita ayudas, no son sociedad perfecta. Entonces decía: "Sociedad perfecta únicamente hay dos: el Estado y la Iglesia". Y aquella fórmula de explicar lo que era la Iglesia, que había nacido en el siglo XVII desde Pedro Belarmino en confrontación con el mundo protestante, en confrontación con el Estado que pretendía entrometerse con la Iglesia, y la Iglesia decía: "Nosotros somos una sociedad que no admitimos injerencias del Estado", aquella forma de presentar la Iglesia era comprensible, pero era un tanto deficiente, no era la más adecuada, porque quizás dejaba en el olvido los aspectos principales, los aspectos más místicos, más ligados al Evangelio. Y por eso el Concilio Vaticano II, sin negar, obviamente, que la Iglesia es una sociedad y que tiene que estar configurada, porque una sociedad necesita estar vertebrada, el Concilio Vaticano II subrayó, obviamente, más la dimensión espiritual de la Iglesia.

Creo que, además, la *Lumen Gentium*, en esta visión que tiene el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, supera decididamente, inequívocamente, esa oposición entre Iglesia jerárquica o Iglesia de base, que con tanta frecuencia a veces se pretende presentar; una cosa es la Iglesia jerárquica, la de los obispos, la del Papa, otra cosa es la Iglesia de base. Fijaros bien, incluso existe una "leyenda urbana", perdonadme por la expresión, una leyenda urbana que a veces, cuando habla del Vaticano II, dice con mucha ligereza que el Vaticano II cambió el orden de la presentación de la Iglesia, y en vez de empezar a hablar de la Iglesia por la jerarquía y luego por el pueblo, cambió el orden y dijo: "Primeramente vamos a hablar de la Iglesia por el pueblo y luego hablaremos de la jerarquía". No es verdad. Uno lee el Concilio Vaticano II, esta Constitución sobre la Iglesia, y ve que el primer capítulo habla de Iglesia como misterio de Dios, es decir, la Iglesia como el cuerpo místico de Cristo; lo primero que hace el Concilio Vaticano II, es, superando esa visión entre jerarquía o base, lo primero es hablar de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, como sacramento de salvación, como misterio de Dios hecho presente en la historia. Eso es lo primero que hace la *Lumen Gentium*, y después de eso, en el segundo capítulo, habla de la Iglesia como "Pueblo de Dios", y la Iglesia como Pueblo de Dios somos todos; el siguiente capítulo, el tercero, habla de la jerarquía, el siguiente capítulo de los laicos, el siguiente capítulo de la vida religiosa, pero como veis, superando clarísimamente, esa oposición caricaturizada que con mucha frecuencia se hace entre Iglesia jerárquica o Iglesia de base popular. La Iglesia nace del corazón de Cristo. La Iglesia, antes que nada, es la prolongación de la encarnación de Cristo entre nosotros.

Bien, ¿qué es lo sustancial de la *Lumen Gentium*? Lo sustancial, que, a veces, desgraciadamente es olvidado. En este libro que recientemente he tenido ocasión de escribir con motivo del Año de la Fe, ese librito *Creo, pero aumenta mi fe*, cuando me formularon la pregunta, en ese género de preguntas y respuestas, cómo entender la Iglesia, cuál es la clave para entender la Iglesia según el Concilio Vaticano II, yo me atreví a resumir -ya sé que es un poco atrevido resumir, porque siempre uno cuando resume necesariamente tiene que simplificar un poco-, de la siguiente forma: el Vaticano II presenta a la Iglesia -yo creo que es lo más novedoso- como "sacramento de salvación". Utiliza la palabra "sacramento", que nosotros referimos a los siete sacramentos instituidos por Jesucristo, utiliza esa palabra de una manera análoga, para referirlo a la Iglesia. "Sacramento de salvación". Es decir, es un signo visible pero que, además, al mismo tiempo, no solo significa, sino que realiza, el hacer presente aquí a Jesucristo; significa Cristo, visualiza a Cristo y lo hace presente. Es "Sacramento de salvación". Me parece muy importante que el Vaticano II eligiese esa imagen, porque es hablar de la Iglesia no haciendo de ella el centro, sino sabiendo que el centro es Jesucristo y que la Iglesia es un eco de Jesucristo, sacramento de Cristo, sacramento de salvación. La Iglesia no se explica por sí misma, se explica por Cristo; es más, la Iglesia no está para hablar de sí misma, está para hablar de Jesucristo. De sí misma tendrá que hablar -hoy también lo estamos haciendo-, pero lo justo y necesario, para decir y proclamar que la Iglesia es sacramento de Cristo.

Si a alguno le cuesta un poco entender, se resiste y le chirría -porque yo sé que nuestra mentalidad actual le chirría, le cuesta- la afirmación de que nuestra unión con Dios tiene una mediación, que es la Iglesia; algunos les cuesta entender que una institución que ellos dicen humana sea necesaria para unirse con Dios como una mediación. Pero con todos mis respetos, creo que esa no es la clave, eso quizá no es la dificultad principal; la clave está en que entendamos que la encarnación es la mediación que Dios eligió para llegar al mundo. La encarnación. Entendido eso, entendido que la humanidad de

Jesucristo es el medio por el que el Padre envió al Verbo a nosotros, entonces ya no es tan difícil entender que Jesucristo tendría una voluntad de prolongar la misión salvadora que él vino a traer al mundo, y Jesús quería llegar no sólo a los habitantes de Palestina y no sólo a los habitantes de aquel tiempo, sino a los hombres de todos los lugares y todas las generaciones. La Iglesia de sacramento de Cristo como Cristo, el sacramento del Padre, y la Iglesia no es sino una prolongación de la encarnación. El hecho sustancial es la encarnación, no es la Iglesia, es la encarnación, y la Iglesia la prolonga.

La segunda imagen que quisiera ver en ese librito *Creo, pero aumenta mi fe*, es subrayar es la imagen de la Iglesia Pueblo de Dios. Todos formamos parte del Pueblo de Dios. Yo recuerdo en la catequesis que recibí, que se nos preguntaba: "El Papa, ¿por qué es cristiano? ¿Por ser el sucesor de Pedro o por estar bautizado?", y, obviamente, es el bautismo el que nos da la mayor de las dignidades, no después la vocación que dentro de la Iglesia podamos recibir cada uno. Cuando Juan Pablo II fue a su tierra natal, a Polonia, y le vimos arrodillado ante la pila bautismal y besándola, en aquel signo entendimos que el bautismo es el que nos configura a todos como Pueblo de Dios, un pueblo vertebrado ciertamente. Alguien dijo con un poco de ironía que la Iglesia es pueblo de Dios, pero no al modo de un molusco, sino de un vertebrado, es decir, no es algo sin forma, amorfo. No. Es un pueblo de Dios vertebrado. Por eso la *Lumen Gentium*, en los siguientes capítulos hablará de la estructura jerárquica de la Iglesia, del laicado, de la vida religiosa, etcétera. Pero la expresión "Iglesia, Pueblo de Dios" es muy importante para superar el clericalismo, porque el clericalismo siempre ha estado latente en la vida de la Iglesia y especialmente, en los momentos de los siglos en los que pudo haber una proliferación grande del clero que podía conducir a una cierta concepción pasiva por parte de los laicos, a una cierta pasividad. Pedimos a Dios con toda la fuerza que nos dé vocaciones sacerdotales, pero al mismo tiempo tenemos que procurar que el sacerdocio no sea ocasión de pasividad por parte de los laicos, sino todo lo contrario, un sacerdocio enamorado de su vocación, de su ministerio, será una ayuda para que los seglares, para que los laicos, tengan el puesto en la Iglesia que el Señor le reserva.

Fijaros bien, el puesto de los laicos no es hacer de curas. El puesto de los laicos no es ir haciendo cosas que antes hacían los cura. Por desgracia tienen que hacer algunas, porque faltan curas, pero eso no es la promoción de los laicos, no. Eso, por desgracia, hay que hacerlo a veces porque faltan curas. La promoción de los laicos es llevar a Cristo al mundo secular, llevar a Cristo al mundo laboral, al mundo sindical, al mundo de los medios de comunicación, a la enseñanza; eso es lo específico y eso es lo que el Concilio Vaticano II imbuyó, no un clericalismo, no, sino un ser conscientes de que en el laicado hay toda una vocación de hacer a Cristo presente en el mundo, la vocación secular del laicado.

Creo que también, por motivos de actualidad, hay otra cosa que hay que subrayar; tiene su importancia, obviamente, pero la actualidad todavía lo requiere más: lo que dice el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia santa y la Iglesia pecadora. Una de las mayores pruebas de la divinidad y santidad de la Iglesia es la constatación que a lo largo de 2000 años nuestras historias personales de pecado no han podido con la vida de la Iglesia. Ni los ataques externos, ni nuestras desgracias internas, que no son pocas tampoco, no han podido con la vida de la Iglesia. Yo creo que eso es una prueba de su divinidad. La indefectibilidad, que se dice, es decir, la promesa de Jesús que no dejaría sola su Iglesia, que la asistiría: "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo", "Tú eres Pedro,

sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no la derrotará". Esa promesa del Señor, que es misericordia, es no dejarnos solos, porque sabe que, si deja la Iglesia en nuestras manos, nos la cargamos en 5 minutos, es un signo de misericordia. Tenemos que estarle eternamente agradecidos porque su Iglesia tenga una presencia suya que la haga indefectible. Pablo VI dijo aquella expresión que a muchos les conmovió, cuando dijo: "El humo de Satanás ha entrado en la Iglesia", porque él sufría mucho y le tocó cosas muy duras, le tocó firmar la secularización de casi 70 mil sacerdotes, que ya se dice fácil. Sufrió muchísimo y llegó a decir esa expresión: "El humo de Satanás ha entrado en la Iglesia". Pero no ha podido con Ella, ni podrá con Ella, porque hay una promesa de asistencia por parte del Espíritu Santo. Además, si la Iglesia nos diviniza, si la Iglesia nos hace hijos de Dios, es porque el Espíritu Santo está en Ella, si no, sería imposible. Una prueba de la divinidad de la Iglesia es que nos está divinizando con sus sacramentos. Ella custodia la plenitud de los medios de santificación que Cristo ha encomendado a los apóstoles.

Para entender esa doble condición que parece contradictoria, que la Iglesia es santa y la Iglesia es pecadora, un teólogo de renombrada fama, que influyó mucho en el Vaticano II, Henri de Lubac, dijo que había que distinguir entre Iglesia en cuanto *congregans* y en cuanto *congregata*. Es decir, la Iglesia en cuanto que es la que congrega a los fieles es santa, y en cuanto congregada, en cuanto que somos convocados, somos los pecadores convocados. Su llamada es de una madre santa, y los hijos que respondemos somos pecadores, y creo que no tenemos que escandalizarnos de ello. Chesterton, con su habitual sorna, decía: "La razón de ser de la Iglesia se justifica, no porque sus hijos no pequen, sino porque son pecadores; por eso la Iglesia tiene razón de ser, si no, no sería necesaria". El famoso dominico Garrigou-Lagrange tuvo la libertad profética de denunciar esa hipocresía que a veces acusa a la Iglesia, que la Iglesia pecadora, nos escandalizamos de sus pecados, etcétera. Garrigou-Lagrange tuvo la libertad profética de decir lo siguiente: "La Iglesia es intolerante en los principios porque cree, pero es tolerante en la práctica porque ama. Los enemigos de la Iglesia son tolerantes en los principios porque no creen, pero son intolerantes en la práctica porque no aman". Por eso amamos a nuestra Iglesia santa y pecadora, y al mismo tiempo nos sentimos corresponsables de que nuestra llamada a la santidad también está comprometida a la santidad de la Iglesia.

Por ir concluyendo, en ese libro al que hecho referencia, *Creo, pero aumenta mi fe*, me preguntaban también sobre cuál es el diagnóstico que podemos hacer sobre la concepción o sobre la opinión bastante generalizada negativa que a veces se tiene sobre la Iglesia. Vamos a ser claros, si saliéramos a la calle, hiciésemos ahora mismo una encuesta en nuestro entorno: "¿Qué opina usted de la Iglesia?", vamos a ser sinceros, creo que la mayoría de las respuestas serían negativas, o por lo menos en un tanto por ciento alto. Y a la hora de hacer un diagnóstico sobre eso, existen dos, yo diría, errores contrapuestos, dos diagnósticos en mi opinión equivocados de signo contrario. Algunos, de una tendencia digamos progresista-izquierdista, suelen decir que el motivo de que exista esa concepción negativa sobre la Iglesia es porque la Iglesia ha estado aliada con los poderes, con los poderosos, y que ahora la Iglesia paga la factura de haber tenido esa complicidad con los poderosos de este mundo y que, si la Iglesia estuviese comprometida con los pobres, etcétera... Algunos hacen ese discurso. Obviamente, siempre que se dice algo hay una parte de verdad, pero vamos a ser claros, no creo que ese diagnóstico sea muy certero. La prueba es que a veces en los lugares donde la Iglesia ha estado más comprometida con los pobres y con el Pueblo de Dios, a veces es allí donde hay más secularización y más alejamiento de Dios. Eso

lo podemos comprobar también en nuestra diócesis: lugares en los que la Iglesia ha tenido un compromiso muy grande con los trabajadores, un compromiso cooperativo, ha inspirado con su doctrina social una justicia social muy grande en las cooperativas, etcétera, y luego resulta que aunque el pueblo haya visto un modelo de Iglesia muy comprometida socialmente, luego está muy alejada de la fe. Luego no debe de ser ese únicamente el elemento que explique la secularización y el alejamiento de la Iglesia.

Por el lado contrario, hay otras personas, de un perfil digamos conservador o derechas, o como queramos decirlo, que juzgan, explican esa concepción negativa de la Iglesia, porque la Iglesia es atacada por los medios de comunicación y fruto del ataque, nosotros tenemos una mala fama que es absolutamente injusta, que nosotros debiéramos de responder frente a ella, etcétera; es como una especie de conspiración que se tiene contra la Iglesia.

Creo que, frente a estas dos explicaciones parciales y reduccionistas, nuestro querido Benedicto XVI, auténtico profeta y un hombre libre donde los haya, ha insistido y ha repetido que el principal enemigo no lo tenemos fuera, el principal enemigo lo tenemos dentro, y es la secularización interna. Lo peor no es la secularización fuera de la Iglesia, lo peor es que nosotros nos secularicemos. Y cuando digo "nosotros", es todos, el Pueblo de Dios, sin que esté nadie fuera de ese "nosotros", ni el que habla tampoco. El mayor reto al que tenemos que hacer frente es nuestra secularización, el que nosotros hayamos asumido los criterios del mundo, el que pensemos, no como el Evangelio sino como el mundo; ese es nuestro mayor reto, la conversión interior. Solamente convirtiéndonos, solamente con una conversión profunda, la Iglesia, con muchas conversiones profundas, podrá mostrar el rostro de Cristo y ser el sacramento de salvación que está llamada a ser.

Quiero terminar hablando de ella, que aquí nos preside de una manera tan hermosa en este presbiterio. Sabéis que el Concilio Vaticano II hubo una cierta polémica entre los padres conciliares de cómo hablar de María, y algunos de los padres conciliares, muchos de los españoles, por cierto, querían que el Concilio hablase en algún documento aparte, explícitamente y exclusivamente de la Virgen María; la tradición hispana era la más mariana. Otros padres conciliares, sin embargo, los del norte de Europa, fueron los que finalmente convencieron a la asamblea conciliar de que era mejor que se hablase de María dentro de esta Constitución sobre la Iglesia que hoy estamos explicando. En efecto, el octavo y último capítulo de esta Constitución sobre la Iglesia que llamamos *Lumen Gentium*, está reservado a la Virgen María. Uno dice: "Pero ¿por qué es eso? ¿No es meter con calzador, no es meter de una manera forzada a la Virgen María cuando hablamos de la Iglesia?". Ni mucho menos, todo lo contrario. De esta manera, los padres conciliares, el Concilio Vaticano II, quiso proclamar que la Virgen María es el "tipo", se dice así, es la tipología, el "tipo" de lo que está llamada, de la vocación que tiene la Iglesia. La Iglesia se entiende a sí misma mirando a María; en ella aprende a ser Iglesia. Y si leéis ese capítulo octavo de la *Lumen Gentium* es entrañable, es precioso, ver como allí se dice: "Igual que María, creyendo y obedeciendo, engendró a Jesucristo para la vida del mundo, también la Iglesia, creyendo y obedeciendo a la Palabra de Dios, dará a luz a Cristo para el mundo".

La Iglesia se hace también madre, como la Virgen María, aceptando la Palabra de Dios y predicándola al mundo. Y es también la Iglesia virgen porque guarda, de manera pura e íntegra, la fe que le ha puesto en sus manos el esposo, Jesucristo. La Iglesia es

madre y la prueba es que estamos aquí, somos sus hijos, pero la Iglesia también es virgen, es decir, ha recibido un depósito de la fe que no puede manipular; nosotros no somos quienes para moldear la fe a nuestro gusto, la Iglesia es virgen y guarda ese depósito de la fe en fidelidad, transmitiéndola. Esta es, por lo tanto, la conclusión de esta *Lumen Gentium*.

Pongamos a María como Madre de la Iglesia. Voy a deciros que conozco a un padre jesuita de Valladolid, al Padre Rey, un jesuita ciego -los ciegos suelen ver mucho, suelen tener una mirada de fe muy profunda-, y a este jesuita, ciego, invidente, le escuché la siguiente expresión, la siguiente imagen. Decía: "La Iglesia es como una nave que tiene por mástil la cruz de Cristo, por velamen la confianza en Dios Padre, por viento impulsor al Espíritu Santo, por capitán a la Virgen María y por timonel al Papa". Me llamó la atención aquella expresión, me impresionó, entre otras cosas, que le reservase a la Virgen María ni más ni menos que el puesto del capitán del barco. Es un símil atrevido, pero luminoso, muy luminoso. La Iglesia tiene a María como capitana en este barco, y especialmente en este barco que emprende una singladura de la nueva evangelización.

Mañana, por cierto, 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, ha sido el día elegido por el Papa para simbolizar, visualizar una presencia de la Iglesia en el mundo digital. Mañana el Papa ha elegido el día del 12 del 12 a las 12 del mediodía para enviar su primer Twitter, en esa forma de evangelización por las redes sociales. A mí me ha llamado la atención que haya elegido el día de la Virgen de Guadalupe, que fue la llave, la clave de la evangelización del quinto continente, de la evangelización de América; a través de la Virgen de Guadalupe se abrió las puertas de la evangelización en América, y el Papa ha elegido a Santa María de Guadalupe como patrona de la evangelización del continente digital, que es un nuevo continente, al que también estamos llamados a evangelizar. Y hoy que aquí hablamos de la Iglesia, podemos decir que mañana la Iglesia emprende un reto nuevo y que esta Iglesia será la Iglesia de siempre, la Iglesia de hace 2000 años, la misma que mañana se hará presente en las redes sociales. Cuando el Señor venga, el día de su gloria, el día de la parusía, cuando venga, nos encontrará predicando su llegada; ojalá cuando él llegue encuentre su Iglesia con la lámpara encendida esperando su llegada. Que Santa María nos conceda mantener las nuestras lámparas llenas de aceite, esperando la llegada de su Hijo. Muchas gracias.

Aprovecho para decir que hemos hecho el calendario de todas las presentaciones del resto de los documentos del Vaticano II hasta el mes de noviembre inclusive. Hemos elegido a distintos obispos de la Conferencia Episcopal Española, y generalmente hemos elegido a los obispos que son especialistas en ese tema. Por ejemplo, en enero va a venir el obispo de Vic, que está dentro de la comisión de la Conferencia Episcopal sobre el tema de relaciones entre las Iglesias, y va a hablar del tema del ecumenismo. Luego en febrero hemos invitado al arzobispo de Oviedo, que es franciscano, para que hable del tema de la vida religiosa, hablando del documento del Vaticano II sobre la vida religiosa. Y así, hemos ido eligiendo una serie de obispos, cada uno de ellos especialistas en el tema. Yo, que hablo sin ser especialista, pero bueno, siempre hay alguien que se atreve más. Hemos ido eligiendo, por ejemplo, en el mes de noviembre vendrá el obispo de Lérida, que es el encargado de medios de comunicación social, etcétera. No tenemos en este momento folletos para repartir, pero hemos sacado un folleto con los rostros de cada uno de los obispos, y los vamos a difundir por todas las parroquias y os animo a que hagamos de este encuentro mensual durante el año de la

fe una respuesta a lo que decía don Joseba que el Papa nos ha pedido. Que son 50 años de Vaticano II y vamos a saber de qué hablamos; vamos a hablar en profundidad, conociendo lo que la Iglesia quiso vivir con tanta intensidad hace 50 años. Y he escuchado decir a más de un hermano obispo que muchos concilios han necesitado del paso de unas décadas para poder llegar a vivirse en profundidad. Que suele ser típico que un concilio, al terminar, tenga una crisis porque supone un cierto retomar un camino y, al principio, se pueden llegar a cometer errores, se pueden llegar a tener faltas de precisión, y que puede ser necesaria una cierta distancia del Concilio para poderlo poner en práctica con mayor equilibrio y con mayor profusión. Esa explicación yo se la he escuchado a muchos hermanos obispos y creo que tenemos que confiar en ella, que el Concilio Vaticano II todavía está por dar lo mejor de sus frutos, que todavía lo mejor del Vaticano II posiblemente no lo hemos visto, y uno de los mayores frutos, sin duda, es el Catecismo de la Iglesia Católica, que es fruto del Concilio.